

en él ocasionó el diluvio. De manera que la ciencia de la *geología*, la que ha hecho mas progresos en estos últimos tiempos, lo convierte todo en favor de la religión. «Aquí, dice M. Boubée, se presenta una consideración que no puede menos de llamar la atención de todo hombre sensato. Puesto que un libro, escrito en una época en que las ciencias naturales estaban tan poco adelantadas, encierra sin embargo en algunas líneas el sumario de las consecuencias mas notables, á que no ha sido posible llegar sino despues de los inmensos progresos traídos por los siglos XVIII y XIX; puesto que estas conclusiones se hallan conformes con hechos que no eran ni conocidos ni sospechados en aquella época; que no lo habian sido jamás hasta nuestros dias, y que los filósofos de todos los tiempos pasados han considerado contradictoriamente y siempre bajo puntos de vista erróneos; supuesto, en fin, que este libro, tan superior á su siglo por lo que respecta á la ciencia, le es igualmente superior por lo que respecta á la moral y á la filosofía natural, no puede uno menos de admitir que en este libro hay alguna casa superior al hombre, y alguna cosa que él no ve, que él no conoce, pero que le insta con eficacia y mueve irresistiblemente....»

Gerarquía. Voz formada de *ἐπί*, *sagrada*, y *ἑρξ*, *principado, preeminencia, autoridad*. Se dice: 1º de la subordinación que existe entre los diversos coros de los ángeles; S. Dionisio distingue nueve de estos coros que divide en tres *gerarquías*; 2º de la desigualdad de poderes que hay entre los prelados y ministros de la Iglesia. Se trata de saber si esta es una institución puramente humana, como lo sostienen los luteranos y calvinistas, ó una institución divina, como lo pretenden los anglicanos y católicos.

Hé aquí las pruebas de este último modo de pensar. S. Pablo dice, *1 Corint.*, xii, 5 y 28; *Ephes.*, iv, 11: «Hay diversidad de ministerios... Dios ha establecido á unos para ser apóstoles, á otros para ser profetas; á otros para ser evangelistas, á aquellos para ser pastores y doctores.» Dice á estos últimos, *Act.*, xx, 28: «Velad sobre vosotros y sobre el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto obispos ó vigilantes para gobernar la Iglesia de Dios.» Hablando de los sacerdotes ó de los ancianos, dice: «Los sacerdotes que presiden cual conviene son dignos de un doble honor.» *1 Tim.*, v, 17. Recomienda á Tito el poner presbiteros en todas las ciudades, *Tit.*, i, 5. Arregla el ministerio y las funciones de los diaconos.

Comparando estos diversos pasajes, vemos una distinción muy notable entre tres órdenes de ministros: los obispos, como sucesores de los apóstoles, gobiernan la Iglesia de Dios y establecen sacerdotes; estos tienen una presidencia, *qui bene præsunt*; los diaconos les están subordinados, su mismo nombre lo atestigüa, pues que significa ministro ó servidor.

Si quedase alguna duda sobre el verdadero sentido de las palabras de S. Pablo, la dispararía el uso establecido en la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles, de distinguir tres órdenes ó rangos en la *gerarquía*, uso que atestigüan los PP. que sucedieron á los apóstoles, S. Clemente de Roma, S. Ignacio, S. Policarpo, Hérmans, autor del libro del *Pastor*, y los cánones de los apóstoles extendidos en los concilios celebrados al fin del siglo II y al principio del III. Todos estos testimonios han sido recogidos por Beveridge, en sus *Observaciones sobre los cánones de la Iglesia primitiva*, lib. 2, c. 11, y por Pearson, *Vindicta Ignat.*, 2º p., c. 13, para apoyar la creencia de la Iglesia anglicana en orden al episcopado.

El mismo Le Clerc, aunque calvinista y arminiano, conviene en que desde el principio del siglo II hubo en cada iglesia un obispo para gobernarla, y bajo sus órdenes presbiteros y diaconos; que aunque Jesucristo y los apóstoles no prescribieron ninguna forma de gobierno, fué preciso, no obstante, establecer este para conservar el orden, y que no conviene despreciarle ó censurarle, con tal que se cercenen de él los abusos. *Hist. ecclés.*, año 32, § 7; año 68, § 6 y 8. Mas nosotros hemos probado ya mas de una vez, que el gobierno episcopal fué establecido claramente por S. Pablo en sus cartas á Tito y á Timoteo.

Mosheim, que no podia ignorarlo, no ha dejado de sostener con Daillé, Blondel, Basnage, etc., que en el siglo I de la Iglesia, y en tiempo de los apóstoles, el gobierno era puramente democrático; que toda la autoridad estaba en las manos del pueblo, y que entonces no habia obispo superior á los ancianos ó á los presbiteros. *Hist. ecclés.*, siglo I, 2º p., c. 5, § 6. Ha dicho que á mediados del siglo II los concilios cambiaron enteramente la faz de la Iglesia; que disminuyeron los privilegios del pueblo, y aumentaron la autoridad que se arrogaban ya los obispos; que estos se atribuyeron el derecho de hacer leyes sin consultar al pueblo. Los doctores cristianos, dice, tuvieron la fortuna de persuadir al pueblo que los ministros de la Iglesia cristiana habian sucedido en el carácter y en los pri-

vilegios á los sacerdotes judíos, y que esto fué para ellos un manantial de honores y de intereses. Esta idea, una vez introducida, produjo en lo sucesivo los efectos mas perniciosos. *Ibid.*, siglo II, 2º p., c. 2, § 3 y 4. En su concepto se aumentó mucho este desorden en el siglo III. Los obispos, para atribuirse mas poder que el que antes ejercian, no solo violaron los derechos del pueblo, sino que tambien usurparon los privilegios de los ancianos. Mira á S. Cipriano como á uno de los principales autores de este trastorno en el gobierno de la Iglesia, cuya variación fué bien pronto seguida de una multitud de vicios deshonrosos para el clero. *Ibid.*, siglo III, 2º p., c. 2, § 3 y 4.

En otra obra se retractó en cierto modo de este pensamiento. Despues de haber expuesto las diferentes especies de gobierno eclesiástico, dice que Jesucristo y los apóstoles nada determinaron sobre este objeto, y que es una temeridad el sostener, que el uno sea mas bien de derecho divino que el otro; que debe ser libre á toda sociedad cristiana elegir el que juzgue mas conveniente y mas útil, consideradas las circunstancias de lugar y tiempo. *Inst. Hist. crist.*, sec. 1ª, part. 2ª, cap. 2, § 7 y siguientes.

De aquí se sigue ya que la Iglesia católica tenia un derecho legítimo para establecer el gobierno casi monárquico y atribuir al sumo pontífice una jurisdicción sobre todos los fieles, que despues de quince siglos de posesión, unos simples particulares, como Lutero, Calvino y sus allegados, no tenían ningun derecho para establecer otro, y que por su parte fué un acto de cisma y de rebelión el haberlo establecido.

Antes de refutar la fábula que por interes de sistema forjaron Daillé, Blondel y otros, debemos tomar ciertas precauciones. 1º Exigimos pruebas positivas de todos los hechos que se los antejó dar por supuestos; pero ninguna alegan, porque no las hay. 2º Preguntamos; ¿cómo habiendo prometido Jesucristo asistir á su Iglesia hasta la consumación de los siglos, pudo abandonarla tan pronto, y entregarla á discreción en manos de unos obispos ambiciosos y prevaricadores, que de nada tuvieron mas cuidado que de olvidar las lecciones de humildad y desinterés que él les habia dado, y que los apóstoles confirmaron con su ejemplo? 3º ¿Cómo pudo suceder que unos obispos siempre expuestos al martirio y siempre prontos para sufrirlo, pudiesen tener ambición, apreciar los honores, los derechos, los privilegios y la autoridad que estaban en peligro de perder á cada ins-

tante? Los incrédulos fueron mas atrevidos, atribuyeron á los mismos apóstoles el prurito de dominación y usurpación, que los protestantes solo atribuyen á sus sucesores del II y III siglo, y no vemos en qué se fundaron mas bien unos que otros. 4º Quisierámos saber cómo y por qué medios pudieron los obispos del Asia, de la Asiria, del Egipto, de las costas de Africa ó Italia conseguir, de acuerdo, y formar el mismo proyecto de cambiar el gobierno establecido por los apóstoles, destruir los derechos del pueblo, y abolir el poder de los presbiteros, para hacer el suyo mas absoluto. ¿Cómo los pueblos, que fueron siempre tan celosos, no se amotinaron contra una nueva disciplina, que les era tan desventajosa? ¿Cómo los herejes y cismáticos del siglo III no echaron en cara á los obispos esta terrible prevaricación de que se habian hecho reos, etc.?

Pero nosotros no nos contentamos con oponer dificultades á los protestantes; alegamos pruebas terminantes y positivas de lo contrario. San Clemente, san Ignacio, el autor del *Pastor* y otros, vivieron antes de mediar el siglo II, y antes de la celebración de los concilios á los que acusa Mosheim de haber cambiado el gobierno apostólico; por lo mismo era preciso comenzar refutando su testimonio, porque hablan de la *gerarquía* como de una disciplina ya establecida. Los autores del siglo VI llamaron *Cánones apostólicos* á los decretos de los concilios del II y III siglo: sería una temeridad suponer que estos concilios, lejos de conservar la disciplina establecida por los apóstoles, principiaran á cambiarla. Aun hay mas: en la conferencia de Arquelao, obispo de Charac en la Mesopotamia, con el herejearca Manés, el año de 277, este obispo habla de la *gerarquía* compuesta de diaconos, presbiteros y obispos, como de una institución del apóstol san Pablo, y esto se debia saber mejor en el siglo III que en el XVI y en el XVIII. Un cuando estos antiguos no lo hubieran creído ni lo hubieran dicho, nosotros estaríamos convencidos de ello por las mismas Epístolas de S. Pablo, quien no solo dice que Dios instituyó á los apóstoles y á los pastores, sino tambien que el Espíritu Santo fué quien estableció á los obispos para gobernar la Iglesia: encarga á Tito y á Timoteo que enseñen, manden, reprendan y corrijan al que cometa algun defecto; que elijan y ordenen presbiteros y diaconos, á quienes reprendan con autoridad, y al mismo tiempo encomienda á los fieles que obedezcan á sus prepositos ó prelados. Estos no son los caracteres de un gobierno popular, ni presbiteriano, como el que

que quieren los luteranos, y en especial los calvinistas.

Este punto de disciplina fué tratado con toda la erudición posible por los dos autores anglicanos que hemos citado, y por otros muchos; pero la Iglesia católica no esperó el dictamen de aquellos para decidirse. El concilio de Trento, sesión 23, de *Ordine*, cán. 6, dice: « Si alguno niega que hay en la Iglesia católica una gerarquía de institución divina, y que es compuesta de obispos, sacerdotes y diáconos ó ministros, sea excomulgado. »

Se engañaría mucho el que creyese que aun entre los calvinistas no hay una especie de gerarquía, y una autoridad eclesiástica en extremo absoluta. Entre los presbiterianos de Escocia, cada ministro, á la cabeza del consistorio ó de los ancianos de cada parroquia, tiene un grado de autoridad. Veinte y cuatro ministros reunidos forman un *presbiterio*, que es una especie de sínodo con un presidente. Este tiene derecho á visitar las parroquias de su dependencia, admitir los aspirantes al ministerio, excomulgar y decidir todos los negocios eclesiásticos, salvo el derecho de apelación al concilio provincial. Lo mismo casi sucede entre los luteranos.

Es cierto que esta autoridad, según los protestantes, no viene de Jesucristo, sino del pueblo: ¿y qué importa á un simple particular el verse precisado á obedecer á un comisario del pueblo, mas bien que á un enviado de Jesucristo? Con diferentes nombres la sujeción es la misma. Pero no es este el solo punto en que los pretendidos reformadores, despues de haber declamado contra el clero católico, parece que estudian en imitarle. Este ridiculo porte se lo echaron en cara los incrédulos, y no sin fundamento. *V. ARTEMIAD Eclesiástica, Ousea, Pascon, etc.*

Geroglíficos. Caracétes sagrados. Antes de la invención de la escritura alfabética, los hombres, para expresar sus pensamientos, se vieron en la necesidad de pintar, aunque groseramente, los objetos que concebían y querían conservar en su memoria. Este modo de hablar á los ojos aun se encuentra entre los salvajes: se nota su conservación en los chinos, cuyos caracétes no expresan los sonidos, sino que representan los objetos. Lo mismo hicieron los egipcios: sus momias y sus monumentos están llenos de caracétes ó pinturas, cuya significación no se conoce ni se pudo probar hasta nuestros dias. Casi en todos los pueblos los sacerdotes fueron los primeros escritores, habiéndose dedicado principalmente á inculcar las lecciones de la religion; y los signos que usaron, se

llaman geroglíficos ó caracétes sagrados.

Muchos criticos poco circunspectos sospecharon sin razon que los sacerdotes usaron de intento estos signos misteriosos para ocultar al pueblo el sentido de las lecciones que querían transmitir á sus sucesores. Se sabe con evidencia que este método se siguió por necesidad é impotencia, mas bien que con ánimo de engañar. Antes de la invención del arte de escribir, los geroglíficos nada tenían de misterioso, sino la oscuridad esencial á esta clase de pintura; y esta oscuridad no podia disminuirse sino por la costumbre de practicarla; pero se aumentó mucho despues que se acostumbraron los hombres á la escritura alfabética, que es infinitamente mas cómoda y mas clara. Si despues de esta nueva invención continuaron los sacerdotes en el uso de los geroglíficos, es porque en todos los pueblos se conservan con mucho mas cuidado las costumbres religiosas que las civiles; y no hay ningun rito religioso que con el tiempo no se haga oscuro, á menos que se explique frecuentemente al pueblo su verdadero sentido.

Moshém, en sus *Notas sobre Cudworth*, c. 4, § 18, p. 474, refuta el sentir de este escritor y el de todos los que piensan que los sacerdotes egipcios usaban de los geroglíficos para ocultar al pueblo su teología misteriosa: hubiera sido, dice, mucho mas sencillo que no hubiesen escrito en una ni en otra forma.

En las primeras edades del mundo, la esterilidad y pobreza del idioma obligó á los hombres á unir las acciones ó gestos con las palabras para entenderse mejor. Hé aquí el verdadero origen de las pantomimas, lenguaje mudo, aunque muy expresivo, y que tiene mucha relación con el uso de los geroglíficos.

Un filósofo moderno, dedicado siempre á ridiculizar lo que no entiende, confiesa, sin embargo, la verdad de nuestras reflexiones. Los judios, dice, y todos los orientales, no solo acostumbraban á hablar con alegorias, sino tambien á expresarse por medio de gestos ó acciones singulares. Este uso era muy natural, porque no habiendo escrito los hombres en mucho tiempo sus ideas sino por geroglíficos, era indispensable que se acostumbraran á hablar segun escribían. Así los escitas, si hemos de dar crédito á Herodoto, enviaron á Bario un pájaro, un raton, una rana y cinco flechas, para darle á entender que si no escapaba con la velocidad de un pájaro, ó no se ocultaba con la firmeza que suelen hacerlo los ratones y las ranas, pereceria de un flechazo.

De esto se infiere tambien, que muchas acciones de los profetas que chocan á los criticos modernos, porque no son conformes á nuestras costumbres, nada tenían de indecentes, y que al contrario eran muy expresivas para los antiguos orientales. Isaías va como los esclavos, sin vestidos, sin calzado, para dar á entender que los egipcios y etíopes, ó mas bien, que los husitas serian reducidos á la esclavitud por los asirios. *Isaías*, xx. Jeremias envia un yugo y unas cadenas á los reyes de los idumeos, de los moabitas, de los tirios, y de los sidonios, con ánimo de anunciarles la misma suerte; c. 27. Manda Dios á Ezequiel coeer su pan con ceniza de estiércol de los animales, con el ánimo de advertir á la nacion judaica que se veria reducida á hacer lo mismo en la Caldea, donde era escasa la leña; c. 4. Manda igualmente á Oséas que se case con una prostituta, saciándola por este medio de sus desórdenes, para significar á los judios que Dios consiente, á pesar de sus infidelidades, en tomarlos de nuevo bajo su protección, y en volver á colmarlos de beneficios, etc.; c. 4. Todas estas acciones parecen indecentes y ridiculas á nuestros incrédulos modernos, sin otro motivo que porque juzgan de todo sin reflexion, é ignoran las costumbres de la venerable antigüedad.

* [Los *geroglíficos* ó escritura simbólica con que los egipcios cubrian sus monumentos, eran, hacia muchos siglos, un enigma impenetrable á los mas hábiles anticuarios, y la incredulidad del siglo XVIII, que nunca supo hallar recursos propios para defender su causa, sino en la ignorancia ó en la mala fe, no dejó de llamar en testimonio contra la cronología de Moisés á los monumentos del reino de los Faraones, cargados de estas misteriosas inscripciones, poniendo muy anterior á los términos de la cronología bíblica la fecha de su construcción.

A unas aseeraciones tan gratuitas, los defensores de nuestros libros santos no habian podido oponer mas que el testimonio de la tradición de todos los pueblos, prueba suficiente sin duda para demostrar la veracidad del historiador sagrado, pero con la cual fingien sus enemigos no contentarse, porque no es mas que indirecta.

Mas felices nosotros que nuestros padres, nos es dado en el dia volver contra el filosofismo las mismas armas de que él se ha servido contra el primero de nuestros escritores inspirados. En adelante, en efecto, la escritura *geroglífica* no será ya un misterio impenetrable á la ciencia, ¡gracias á los trabajos y á los admirables descubrimien-

tos de Champollion el jóven! A fuerza de indagaciones ó investigaciones increíbles, ha llegado este sabio arqueólogo, por medio de la célebre piedra de Rosetta, á componer casi enteramente el alfabeto *geroglífico*, y darnos la explicación de las inscripciones grabadas sobre los monumentos, cuyas ruinas cubren aun el risueño valle del Nilo. Se puede ver la historia de este descubrimiento en Wiseman. Ahora bien, las diversas aplicaciones que el mismo Champollion ha hecho de su sistema, así como las que han hecho despues M. Coquerel, ministro protestante de Amsterdam, M. de Crépeu, vicario general de Belley, M. de Bovet, antiguo arzobispo de Tolosa, en fin Rosellini de Pisa, compañero de viajes de Champollion al Alto Egipto, han demostrado la admirable conformidad que existe entre la cronología egipcia y la cronología bíblica. Estas aplicaciones han tenido por resultado: 1º que ningun monumento egipcio es realmente anterior al año dos mil doscientos de nuestra era, época en que vivía Abraham; 2º que adoptando la cronología y la sucesion de los reyes presentada por los monumentos, la historia egipcia concuerda admirablemente con la narración de Moisés, y la confirma en todos sus puntos: estas son las palabras de Champollion-Figeac en su carta al doctor Wiseman; 3º en fin, que muchos pasajes oscuros del génesis, de que los incrédulos se han valido para acusar de error al escritor sagrado, están perfectamente aclarados, y no ofrecen ya dificultad.

Los descubrimientos, pues, de Champollion han prestado un gran servicio á la religion, porque han destruido para siempre todo ataque por este lado, y han puesto en la mayor claridad la oscuridad de ciertos pasajes de la Biblia. Así es como la divina Providencia vela sobre su obra, y hace servir para confirmarla y defenderla á los mismos que tenían el desigmo de aniquilarla.

Nunca se la podrán dar bastantemente las gracias por haber permitido que Champollion el jóven levantara el velo que cubria la naturaleza del sistema gráfico-egipcio.

La lectura de los *geroglíficos* es acaso el suceso mas importante de nuestro siglo, tan fecundo sin embargo en sorprendentes revoluciones.

En efecto, por un lado el Egipto es la cuna de la Grecia, y por esto mismo de nuestra civilización moderna: el estudio de los monumentos y de los textos egipcios, presentando bajo su verdadero punto de vista el estado político y religioso del imperio de los Faraones, conduce á la fuente de las primeras

instituciones griegas, y muestra el origen egipcio de una parte muy importante de los mitos (fábulas) y de las prácticas religiosas de los helenos, acerca de las cuales hay todavía tantas incertidumbres. La interpretación de los monumentos del Egipto pondrá aun en evidencia el origen egipcio de las ciencias y de las principales doctrinas filosóficas de la Grecia: el platonismo y el pitagorismo saldrán de los santuarios de Saís.

Por otra parte, el Egipto ha sido uno de los principales teatros del poder de Dios, y de su acción inmediata sobre los hombres. ¿Qué dirían nuestros incrédulos, resto de la filosofía bufona del último siglo, si se llegase á descubrir una narración de los acontecimientos referidos en la Biblia bajo el nombre de las diez plagas de Egipto? ¿Qué opondrían al testimonio de los escritores egipcios, refiriendo el desastre de Faraon en el mar Rojo? Pues todo esto debe haberse escrito: estos documentos existen probablemente todavía, y si existen, no está lejos el día en que los conozcamos. Así, ¡gloria sea dada á Dios que viene á sostener la fe de los fieles!...

Por lo demás, no tenemos necesidad de hacer notar cuánto importa á los estudios bíblicos el conocimiento del Egipto, y por lo tanto de cuán grande precio es la inteligencia de los textos geroglíficos.

Geronimitas ó gerónimos. Nombre de varias congregaciones de religiosos, que también se llaman *ermilanos de S. Gerónimo*, porque trataron de imitar su género de vida y de servir á Dios según sus instrucciones.

Los de España deben su origen á los terceros de S. Francisco, porque los primeros *gerónimos* eran hermanos de la tercera orden de este patriarca. Gregorio XI aprobó su congregación en el año de 1374: les dió las constituciones del convento de Sta. María del Sepulcro con la regla de S. Agustín. Su hábito consiste en una túnica de paño blanco, escapulario de color atezado, capucha y manto del mismo color, todo sin lustre y de bajo precio.

Estos religiosos están en posesión del convento de S. Lorenzo del Escorial, panteón de los reyes de España, del de S. Isidoro de Sevilla, y del de Yuste, al cual se retiró Carlos V después de haber abdicado la corona imperial y la de España.

También hay en este reino otros religiosos *gerónimos*, de fundación del siglo XV, á quienes puso Sixto IV bajo la jurisdicción de los antiguos *gerónimos*, dándoles las constituciones del monasterio de Sta. Marta de Córdoba; pero Leon X les mandó tomar las de los primeros *gerónimos*, que ya hemos men-

cionado: de este modo se reunieron estas dos congregaciones.

Los *Ermilanos de S. Gerónimo*, de la *Obserancia* de Lombardia, tuvieron por fundador á Lope de Olmedo, quien los estableció en 1424 en los montes de Cazalla, diócesis de Sevilla: les dió una regla compuesta según las instrucciones de S. Gerónimo, que fué aprobada por el papa Martino V. A estos *gerónimos* se les dispensó de guardar la regla de S. Agustín.

Pedro de Gambacorti, de Pisa, fundó la tercera congregación de *gerónimos*, hácia el año 1377. Solo hacían votos simples hasta el año de 1568, en que el papa S. Pio V les mandó que hiciesen votos solemnes. Tienen conventos en Italia, en el Tirol y en la Baviera, y se enumeran entre las órdenes mendicantes.

La cuarta congregación de *gerónimos*, llamada de Físeli, principió el año de 1360. Carlos de Montegranni, de la familia de los de este nombre, se retiró á la soledad y estableció al principio en Verona con algunos que se le reunieron. A esta congregación se le mandó, por Inocencio VII, que viviese según las reglas y constituciones de S. Gerónimo; pero en 1441 les dió Eugenio IV las reglas de S. Agustín. Como el fundador era tercero de S. Francisco, conservó su hábito; pero en 1460 el papa Pio II les mandó dejar este hábito á los que quisiesen, lo cual ocasionó una división entre ellos; pero en 1668 el papa Clemente IX suprimió enteramente esta orden, uniéndola á la congregación del B. Pedro Gambacorti.

Gerónimo de Praga. V. HESITAS.

Gerónimo (S). Presbítero, uno de los mas sabios PP. de la Iglesia: murió el año 420. La edición de sus obras, publicada en Paris por D. Martiñay, en cinco tomos en folio, se principió en 1693, y se acabó en 1704; fué renovada en Verona en el año de 1738 por el P. Villarsi, de la congregación del Oratorio, en diez tomos en folio.

El primero tomo de Martiñay contiene su traducción latina de los libros sagrados por los textos originales; el segundo, muchos tratados que sirven para la inteligencia de la Sagrada Escritura; el tercero, un sabio comentario sobre los profetas; el cuarto, un comentario sobre S. Mateo, y sobre algunas Epístolas de S. Pablo, las cartas del santo doctor, y varios tratados contra los herejes. En el quinto, puso las obras supuestas ó apócrifas que atribuyen á S. Gerónimo, y muchos trozos que sirven para formar la historia de la vida de este S. Padre.

Los críticos protestantes, como Daillé, Bar-

beyrac y sus copiantes, hicieron muchas acusaciones contra este santo Padre. Dicen que escribió con demasiada precipitación; pero se debe juzgar del mérito de sus obras por lo que contienen, y no por el tiempo que gastó en escribirlas. Un hombre tan laborioso y tan instruido como S. Gerónimo es capaz de hacer mucho bueno en poco tiempo.

Dicen que apreciaba demasiado la vida solitaria, la virginidad y el celibato, y que habló con demasiado poco aprecio y sobrada desventaja de las segundas nupcias. La dificultad está en saber, si sobre todos estos diversos puntos no pensó mejor que los incrédulos y protestantes: él juzgaba de acuerdo con los libros sagrados, sobre los cuales había hecho mucho estudio, de cuyas resultas les poscia muy bien; y sus acusadores hablan con arreglo á sus preocupaciones.

Se le acusa de haber faltado á la moderación con sus adversarios, de haber escrito contra ellos con sobrada viveza de estilo, con exageración y muchas veces con indecencia. No se puede negar la mucha viveza de S. Gerónimo; pero aun cuando la terquedad de los herejes en atacar no pudiera servirle de disculpa, se debería atender mas á las cosas que al estilo; dejar á un lado la viveza de las expresiones, y aprobar su doctrina. Es una injusticia el exigir que un santo no tenga los defectos que son consiguientes á la naturaleza humana. Mudó, dicen, de sentimientos según las circunstancias. Mas bien podrian decir que mudaba en razon de los progresos de su ilustración; prueba de que buscaba sinceramente la verdad, y de que no titubeaba en corregirse cuando reconocia que se habia engañado.

Daillé quiso meter mucho ruido con un pasaje de este santo doctor, *Epist. 30 ad Pamach.*, donde dice que cuando se disputa no siempre se dice lo que se piensa, que se trata de convencer al adversario con la astucia y con la fuerza. Claro está que S. Gerónimo quiere hablar del uso que se hace en las disputas de los argumentos personales ó *ad hominem*, á quienes se refuta. Estos argumentos no siempre son conformes con las opiniones del que los usa, aunque son legítimos y sólidos en cuanto demuestran que el contrario no guarda consecuencia. Lo mismo sucede cuando un adversario prueba mal un hecho ú opinión que pueda ser verdadera; aunque en el fondo se piensa como él, se ataca á sus argumentos. Todos estos medios son astucias, pero astucias licitas, que nadie se atrevió á acriminar.

Los mismos censores de S. Gerónimo se valieron de otros argumentos menos decorosos; y no es muy loable el dar un sentido criminal á una sentencia, cuando puede tener el sentido mas inocente.

El santo doctor, comentando las palabras de Jesucristo en S. Mateo, v. 34, prohibe, como el mismo Salvador, el uso del juramento en el trato ordinario ó familiar: de aquí infiere Barbeyrac que condena el juramento en general y sin distinción.

Exponiendo S. Gerónimo el *cap. 17 de san Mat.*, e. 26, nos hace notar que Jesucristo pagó el tributo al César, por no faltar en nada á la justicia. Añade: ¿quédetrucidos somos! llevamos el nombre de Cristo y no pagamos tributo alguno. Barbeyrac sostiene que S. Gerónimo prohibe á los cristianos el que paguen tributos.

En su *Comentario sobre Jonás* no quiso san Gerónimo condenar á las mujeres cristianas que prefirieron la muerte á la violación de su castidad: de aquí infiere su rigido censor, que este santo Padre aprueba el suicidio en semejantes casos.

Como san Gerónimo escribió con tanto calor contra Joviniano, porque despreciaba la virginidad, y contra Vigilancio, porque condenaba el culto de las reliquias, cualquiera se puede convencer de que un protestante jamás perdonara estos dos rasgos á ningún santo Padre; con este motivo Barbeyrac se enfurece contra él, y declama con todas sus fuerzas contra su doctrina. *Tratado de la moral de los PP.*, *cap. 15.* Tal es el ingenio de los protestantes. S. Gerónimo los refutó y condenó de antemano: luego ellos tienen tambien derecho para condenarla; pero la Iglesia siguió siempre la doctrina de S. Gerónimo, y reprochó la de los protestantes.

No merece la pena que respondamos detalladamente á las acusaciones de Barbeyrac: consisten las unas en considerar como errores verdaderos que todavía profesamos; otras no son mas que falsas consecuencias ó interpretaciones falaces de la doctrina de este santo sacerdote. Otro crítico protestante mucho mas instruido se ha excedido aun mas en su furor. Le Clerc, irritado contra D. Martiñay, editor de las obras de S. Gerónimo, y movido á oponerse en todo, ha hecho hacer su resentimiento sobre el santo doctor, publicando en 1700 un libro titulado: *Questiones hieronymiana*, donde bajo el pretexto de corregir las faltas del editor, procura destruir toda la estimación que hacia S. Gerónimo pudiera tenerse; sostiene, *Quaest.*, 4, p. 7, que todo su mérito se reduce al talento de decla-

mar; que solo tuvo medianos conocimientos en hebreo y griego; que solo habia mirado superficialmente la teología y otras ciencias; que nada tenia de original en la invencion, ni de exacto en el método; que por escasos conocimientos que se posean en dialéctica, no se halla en sus racionios mas que una vana hinchazon y exageraciones de retórica, sin fuerza ninguna y sin juicio. Cree que si Erasmo le prodigó alabanzas acerca de esto, fué con objeto de dar valor á su edicion y reconciliarse con los monjes. Todo el libro de Le Clerc se emplea en probar las diversas acusaciones, y preciso es conceder que si la malignidad, las interpretaciones falsas, los principios aventurados respecto de gramática y etimologías hebreas, los intereses de sectas y de partido pueden considerarse como pruebas, Le Clerc ha conseguido perfectamentesu objeto.

Ricardo Simon, otro censor muy temerario, atacó tambien á D. Martianay con suma acritud, desahuciándose en invectivas contra los monjes, en unas cartas criticas impresas en 1699; pero habló de S. Gerónimo con mas respeto que Le Clerc.

Ignoramos si el Padre Villarsi, en la edicion de 1738, siguió mejor órden que D. Martianay, y si satisfizo á los ataques de los dos criticos de quienes acabamos de hablar.

Gerson. Célebre teólogo de su siglo, canónigo y canciller de la Iglesia de Paris, muerto el año de 1429, natural de la ciudad de Gerson en la Champaña, diócesis de Reims; su verdadero nombre era Juan Charlier. Sostuvo con mucho celo la doctrina de la Iglesia Galicana en el concilio de Constanza, y desearando disipar las tinieblas de la ignorancia, no se desdenó de tomar á su cuidado las escuelas de primeras letras, enseñando á los niños por sí mismo.

En 1706 imprimió Dupin en Holanda las obras de Gerson en cinco tomos en folio. Unas son dogmáticas, otras de disciplina, y muchas tratan de la moral y de la piedad.

Gigante. Vemos en el Génesis, vi. 4. que cuando los hombres llegaron á multiplicarse, los hijos de Dios se apasionaron de la belleza de las hijas de los hombres, las tomaron por esposas, y que ellas dieron al mundo los gigantes y una casta de hombres robustos, poderosos y viciosos. Para castigar sus crímenes, envió Dios la plaga del diluvio universal. Como los poetas paganos hablan tambien de una raza de gigantes, que vivieron en las primeras edades del mundo, deducen de aquí los incrédulos que esta narracion de Moisés y la de los poetas son igualmente fabulosas.

En una disertacion que se halla en la *Biblia de Aviñon*, t. 1, p. 372, se ha reunido una multitud de pasajes, de historiadores y viajeros que prueban que hubo verdaderos gigantes. Sin ánimo de contradecir el hecho ni sus pruebas, pensamos que no es necesario recurrir á ellos para justificar la narracion de Moisés. En efecto, es muy natural y comun entender por los hijos de Dios los descendientes de Seth y de Enoch, que se distinguieron por su fidelidad hacia Dios, y por las hijas de los hombres, las mujeres de la descendencia de Cain. La palabra *nephilim*, que se traduce por gigantes, puede significar simplemente hombres fuertes, violentos y ambiciosos. Este sentido lo indica hastante Moisés añadiendo: «Tales fueron los hombres de fama que se hicieron poderosos sobre la tierra: *hi sunt potentes á sæculo viri famos.*» Por lo mismo no hay necesidad de informar-nos si hubo en las primeras edades del mundo hombres de una estatura superior á la de los hombres de la edad presente.

El historiador Josefo, Filon, Orígenes y Teodoro, S. Juan Crisostomo, S. Cirilo de Alejandria y otros SS. PP. piensan como nosotros, que los gigantes de que habla Moisés eran mas bien unos hombres fuertes y de un carácter feroz, que hombres de una falla superior á la de los demás. Nada se sigue de aquí contra la existencia de muchos hombres de una estatura extraordinaria, de que hacen mencion los autores sagrados, como Og, rey de Basan, Goliath, etc. *Hist. de la Acad. de las Inscripc.*, t. 1, en 12.^a p. 138; t. 2, p. 202.

Algunos hábiles comentadores modernos trajeron el pasaje del Génesis en cuestion del modo siguiente: *Los hijos de los grandes, viendo que habia bellas jóvenes entre la gente comun, escogieron y robaron aquellas que mas les agradaban. De este comercio nacieron bandoleros que se hicieron célebres por sus hazañas.* Esta aplicacion conviene bastante bien con la continuation y órden del texto. La palabra hebrea *Elohim*, que unas veces significa Dios, otras significa los grandes; y las hijas de los hombres pueden muy bien ser las hijas del comun y de la infima plebe.

Muchos santos PP., engañados por la version de los Setenta, que en lugar de hijos de Dios tradujo ángeles de Dios, creyeron que algunos ángeles tuvieron comercio con las hijas de los hombres, y que de él nacieron los gigantes. Muchos criticos del protestantismo, encantados de ver tan bella ocasion para deprimir á los santos PP., cacararon el triunfo por esta idea singular, é infirieron que

estos PP. habian creido que los ángeles eran corporales, y que estaban sujetos á las mismas pasiones que los hombres. Añaden que despus de un error tan grosero, es gracioso que citemos el consentimiento de los santos PP. como una señal segura de la tradicion de que eran depositarios. Barbeyrac, *Tratado de la moral de los Padres*, c. 2, § 3, etc.

1.^o ¿En qué consiste sobre esta materia el consentimiento de los santos PP.? Ellos hablan de los ángeles prevaricadores, no de los ángeles buenos; y piensan, no que los ángeles sean corporales, sino que pueden revestirse de un cuerpo y mostrarse con él á los hombres; este es un hecho que puede probarse por muchos ejemplos que cita la Sagrada Escritura. San Ireneo dice, que los ángeles prevaricadores se mezclaron entre los hombres antes del diluvio; pero no dice, que hubiesen tenido comercio con las mujeres, *lib. 4, c. 16, n. 2; c. 36, n. 4; lib. 3, c. 29, n. 2; y en otra parte enseña expresamente que los ángeles no tienen carne, lib. 3, c. 20.* Tertuliano, *lib. de Carne Christi*, c. 6, juzga que los ángeles no tienen carne propia, porque son sustancias de una naturaleza espiritual, pero que pueden por algun tiempo revestirse de carne. S. Cipriano nada dice de su pretendido comercio con las mujeres, *lib. de Habitu et cura Virginum*. Orígenes, que fué acusado con sobrada lijereza de haber creido corporales á los ángeles, es completamente justificado de esta calumnia por los sabios editores de sus obras, *Origenian.*, página 459, nota; y en su libro *contra Celso*, n. 32, enseña expresamente la espiritualidad de los ángeles. S. Clemente de Alejandria dice, que aquellos ángeles que prefirieron la belleza pasajera á la belleza de Dios, cayeron sobre la tierra, que su caída nació de la intemperancia y de la codicia; pero no añade que hubiesen tenido comercio con las mujeres, *Pedagog.*, *lib. 2, c. 2; Strom.*, *lib. 3, c. 7, pág. 538.* El mismo S. Justino, que parece suponerlo, *Apol. 1.^a, n. 5, y Apol. 2.^a, n. 3*, por otra parte nos parece que piensa como Tertuliano, que estos ángeles no tenian sino un cuerpo prestado, porque dice que inclinaron las mujeres á la impureza, luego que se presentaron, ó hicieron sensible su presencia.

Se sabe además que, exceptuando á Lactancio, los santos PP. del siglo IV no son de este modo de pensar, y que muchos le refutaron, singularmente Eusebio, *Prepar. Evang.*, *lib. 7, c. 15 y 16.* Ciertos criticos que se le atribuyeron, no tenian ningun fundamenta.

2.^o ¿Qué error peligroso para la fe ó para las

costumbres puede seguirse de la opinion de los santiguos? Despus que los filósofos modernos rectificaron la naturaleza de los espíritus y nos hicieron conocer, segun ellos pretenden, la perfecta espiritualidad, quisieramos saber si se añadió al simbolo alguno nuevo artículo de fe, ó si nació entre nosotros alguna virtud nueva.

Gilbertinos. Orden de religiosos ingleses, llamados así por su fundador Gilberto de Sempringland ó Sempringham, en la provincia de Lincoln, que fundó este instituto para ambos sexos el año de 1148.

En él se recibian, no solo los célibes, sino tambien los que se habian casado; los hombres seguian la regla de S. Agustin, y eran una especie de canónigos, las mujeres observaban la de S. Benito. El fundador solo edificó un doble monasterio, ó por mejor decir, dos monasterios contiguos, uno para hombres y otro para mujeres, aunque separados por medio de paredes muy elevadas. Se erigieron despus en Inglaterra otros semejantes, y llegaron á contarse hasta setecientos religiosos y otras tantas religiosas. Esta órden fué abolida con todas las demás en tiempo de Enrique VIII.

Gilberto Porretano. V. PORRETANOS.

Gilgul ó mas bien **Ghileul.** Palabra del hebreo moderno que se halla en los libros de los rabinos, y significa *rodadura, circuncision.* Segun Leon de Médina, se da este nombre á la intemperiosidad ó transigracion de las almas entre los judíos que adoptaron el sistema de Pitágoras. Pretenden, por el mas enorme abuso, fundarle en algunos pasajes de la Sagrada Escritura, y es una de las locas visiones de que están atestados sus libros.

Girovagos. V. MONJES.

Gladiador. El que ejerce la profesion de combatir en público con espada ó sable para divertir á los espectadores. La Iglesia, que miró siempre con horror la efusion de sangre, no quiso administrar el bautismo á los gladiadores, á no ser que renunciasen su profesion; y si volvian á ella despus de bautizados, los miraba como apóstatas y los excomulgaba. Véase á Bingham, *Orig. ecles.*, t. 14, c. 3, § 7; t. 16, c. 4, § 10. Prescindiendo del crimen de homicidio voluntario, los combates de los gladiadores formaban parte de los juegos y espectáculos que se hacian en honor de los dioses del paganismo; por consiguiente constituian á un tiempo un acto de crueldad y una profesion pública de idolatría.

No hay prueba mejor del exceso de depravacion á que llegaron las costumbres de los

romanos, que el gusto desenfrenado de este pueblo á los combates de los *gladiadores*. S. Cipriano pinta con la mayor energía esta especie de frenesi en su *Carta 1.ª ad Donatum*, diciendo: «Se prepara un juego de *gladiadores* para recrear con un espectáculo sangriento los ojos de unos hombres familiarizados con la carnicería. Engordan un cuerpo ya robusto, prodigándole alimentos excelentes, y se desea que brille la robustez de sus carnes para que cueste mas cara su muerte. ¡Se mata un hombre por complacer á sus semejantes! El saber matarle es un arte, un talento, una destreza: no solo se comete este crimen, sino que tambien se dan lecciones para cometerle. ¡Hay una cosa mas horrible que fijar el hombre su gloria en quitar la vida á sus semejantes? ¿Qué pensais vosotros al ver esos insensatos entregarse en manos de las bestias en la flor de su edad, respirando salud, brillando con vestidos magníficos, sin haber sido condenados por mas sentencia que la de su capricho? Se preparan estas victimas para una muerte voluntaria, y con esto se llenan de vanidad los infelices. Combaten con las bestias, no como criminales, sino como furiosos. Los pobres padres ven con lágrimas morir á sus hijos, la hermana ve á su hermano; y para que el espectáculo se haga mas pomposo, ¡qué horror! una madre... contribuye con gastos para ahogarse en lágrimas.»

No se contentaron los romanos con gozar ellos solos de este frenesi: á pesar de las reclamaciones de algunos filósofos hicieron que se propagase á los griegos; pero tuvieron que sufrir la pena que merecian. Muchos autores observan que las diversiones bárbaras de los anfiteatros acostumbraron á los emperadores á derramar con frecuencia la sangre humana: ejercieron contra sus propios súbditos la crueldad á que de antemano se les habia habituado.

Tito Livio y Amiano Marcelino dicen que se temblaba al ver sobre el trono á Druso y al César Galo, porque manifestaban placer por los espectáculos sangrientos. Tambien declamó Séneca contra este desorden, pero toda su elocuencia no fué bastante para que se cesasen los teatros: solo Jesucristo consiguió demolerlos con dos palabras. Con la institucion del bautismo hizo que fuese sagrada la vida del hombre, y mereciera el título de *Salvador*, aunque no hubiera hecho á la humanidad mas que este solo servicio.

Gloria. Esta palabra se usa con relacion á Dios y con relacion á los hombres; pero en estos dos casos no significa precisamente la misma cosa. La *gloria*, dice Ciceron, es el

aprecio de los hombres de bien y el testimonio que dan á un mérito sobresaliente; pero algo mas significa la *gloria de Dios*.

En la Sagrada Escritura se dice con bastante frecuencia que Dios obra por su *gloria*, y el hombre debe glorificar á Dios. El Ser Supremo, infinitamente perfecto é infinitamente feliz, ¿puede obrar por ser estimado y alabado de los hombres? Es un absurdo, dicen los incrédulos, suponer que Dios es un ser vario y orgulloso; que una cosa tan vil como el hombre pueda proporcionar á Dios algun contento y satisfaccion, y que Dios exija de él una pretendida *gloria*, de que no podria lijarse sin manifestar debilidad.

Dos palabras de explicacion serán lo suficiente para disipar un escándalo, que solo se funda en la equivocacion de una palabra. Es natural á un ser inteligente y libre como Dios obrar por un motivo y por un fin como quiera que sea; obrar de otro modo es propio de los animales privados de razon y de sabiduria. Dios no puede tener un motivo ni un fin mas digno de su grandeza que el ejercicio de su perfeccion, su poder, su sabiduria, y singularmente su bondad. Por lo tanto crió los seres sensibles, inteligentes, libres, capaces de afecto, estimacion, obediencia y reconocimiento. Quiso, dice S. Agustín, proporcionarse seres á quienes hacer bien. Por este mismo motivo estableció en el mundo un orden físico y moral; en estar sumisos á este orden consiste la felicidad de los seres sensibles. Decimos que Dios procuró su gloria haciendo brillar su poder, su sabiduria, su santidad, su bondad, etc.; que los hombres glorifican á Dios cuando reconocen y adoran estas perfecciones; y nosotros sostenemos que este lenguaje nada tiene de absurdo, ni de indecente, ni de injurioso á la Majestad divina. Del mismo modo que la verdadera *gloria* del hombre consiste en hacerse agradable á Dios y apreciable á los ojos de sus semejantes por la virtud, asi tambien la *gloria* de Dios consiste en obrar siempre del modo que mas convenga á sus divinas perfecciones, y que sea mas propio para manifestarlas. No hay en Dios ni necesidad, ni orgullo, ni debilidad, porque al contrario este modo de obrar no es mas que el resultado necesario de la suma perfeccion de su naturaleza.

Sostenemos tambien que es propio de la sabiduria, de la santidad y de la bondad de Dios que el hombre halle su felicidad en la virtud y no en el vicio; en la sumision al orden físico y moral establecido por Dios, y no en su resistencia á este orden divino. Cuando el hombre se somete á él, glorifica á Dios, por-

que rinde sus homenajes á las divinas perfecciones. Por lo mismo no hay inconveniente en decir que la *gloria* de Dios consiste en la sumision de todas las criaturas, y que la *gloria* de las criaturas racionales consiste en que estén perfectamente sumisas. Este soberano Señor, infinitamente feliz en sí mismo, ninguna necesidad tenia de dárles el ser, y pudiera dejarlas en la nada; pero una vez que las ha criado, no puede menos de prescribirles un orden conforme á su naturaleza, y exigir de ellas la observancia mas exacta. Si lo hacen así, todo está bien y como debe estar.

En este sentido se debe entender la Sagrada Escritura, cuando dice que Dios todo lo hizo por sí mismo. *Proverb.*, xvi, 4. Esto no quiere decir que todo lo hizo por su utilidad, por su dicha ó por su necesidad, sino que todo lo hizo segun la exigencia de sus divinas perfecciones, y del modo mas propio para hacerlas brillar á los ojos de los hombres. Tambien es una parte de la *gloria* de Dios el no obrar por necesidad propia, porque no la tiene, sino por la necesidad y utilidad de sus criaturas.

Cuando nuestros adversarios nos acusan de hacer á Dios á imagen nuestra, de suponerle orgulloso, inclinado á las alabanzas é incienso como nosotros, ellos mismos caen sin percibirlo en este defecto, porque se fundan en una comparacion entre Dios y los hombres. Si el hombre, dicen, busca la *gloria*, es porque la necesita y porque es débil en sí mismo; luego si Dios obra por su *gloria*, tambien será débil y tendrá sus necesidades; Sofisma grosero! El hombre es débil é indigente, porque es limitado, porque Dios se basta á sí mismo, porque es un ser soberanamente feliz y perfecto, y en virtud de esta misma perfeccion obra por su *gloria*, porque no puede proponerse un fin mas sublime.

De nada importa decir que la pretendida *gloria* que viene del hombre es inútil á Dios, que por lo mismo no puede moverle, y que es como si las hormigas ú otros viles insectos creyesen que trabajaban por la *gloria* de un gran monarca. ¡Comparacion desatinada! Era inútil á Dios el criar al hombre, gobernarle, imponerle leyes, ofrecerle penas y recompensas: sin embargo, lo hizo; pero un rey, por grande que sea, no puede hacer otro tanto con las hormigas é insectos. No es indigno de Dios el haber dado el ser á las criaturas racionales; tampoco se degrada en tomarlas á su cuidado, ni en interesarse en sus acciones: todo esto lo hizo por un solo acto de su voluntad, y nada mas le ha costado.

Por mas que los filósofos degradan al hombre para hacerle independiente, un sentimiento inferior, mucho mas poderoso que todos sus sofismas, le convencerá siempre de que es hijo de Dios, y de que la grandeza del Ser Supremo no consiste en el orgullo filosófico y en una indiferencia absoluta, sino en poder y en querer hacer bien á todas las criaturas; por su parte es un beneficio el hacer hallar la felicidad de este mundo y del otro trabajando en honra y *gloria* suya.

S. Pablo, *1.ª Corint.*, x, 31, dice: «Si coméis ó bebéis, ó hacéis cualquiera otra cosa, hacedlo todo para *gloria* de Dios». Qué importa, dicen, á Dios que nosotros comamos ó bebamos? Es preciso reflexionar que el Apóstol acababa de hacer mencion de las carnes inmoladas á los ídolos. Los paganos querian que las carnes se consagrasen á sus falsos dioses; ellos los invocaban, y les daban gracias al principio y al fin de cada comida, colocaban sus imágenes sobre las mesas, y hacian libaciones, etc. En lugar de todas estas supersticiones, S. Pablo quiere que los cristianos dirijan sus alabanzas y sus acciones de gracias al verdadero Dios, y que reconozcan que de su bondad reciben todos los bienes de este mundo. *1.ª Timot.*, iv, 3.

GLORIA ETERNA. Estado de los bienaventurados en el cielo. De la misma manera que la *gloria* del hombre en este mundo consiste en estar sometido á Dios y agradarle, su *gloria* en el cielo consistirá en serle agradable por toda una eternidad y en hallar en sí su felicidad completa. Luego en la virtud consiste la verdadera *gloria* de la vida presente y de la futura. La que buscamos aquí abajo, consiste en el aprecio de nuestros semejantes; esta no seria nunca falsa ni peligrosa, si los hombres fuesen bastante sabios, para no apreciar nada sido la virtud; pero con demasiada frecuencia les sucede honrar el vicio, cuando el interes á ello los arrastra. Por eso nos manda Jesucristo practicar la virtud, no por agradar á los hombres, sino por agradar á Dios.

Tal vez podemos encontrar á primera vista cierta oposicion en las lecciones que nos da sobre este punto: «Haced, dice, que luzca vuestra luz á los ojos de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en el cielo.» *Mat.*, v, 16. Y despues dice: «Guardaos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de lo contrario no tendreis recompensa que esperar de vuestro Padre que está en el cielo. Haced vuestras limosnas, vuestras oraciones y vuestros ayunos en se-

creto, de modo que solo Dios sea testigo; » vi, 1 y sig. Entre estas dos sentencias no hay mas que una oposicion aparente. Jesucristo no quiere que el motivo de nuestras buenas obras sea el deseo de que los hombres nos vean, nos alaben y nos aprecien, porque esta seria una hipocresia y una pura afectacion, sino que las hagamos para edificar á nuestros semejantes, atrayéndolos á la virtud con nuestro ejemplo, para que glorifiquen á Dios y no á nosotros. Estas dos intenciones son muy diferentes; la primera es viciosa, pero la segunda es muy loable. Asi que debemos ocultar nuestras buenas obras, cuando no son necesarias para la edificacion pública; pero debemos hacerlas en público cuando puede ser útil nuestro ejemplo.

« Nuestra gloria, dice S. Pablo, es el testimonio de nuestra conciencia que nos asegura habernos conducido en este mundo, no por los motivos de una sabiduria humana, sino con sencillez de corazon, con el candor que Dios manda y por el auxilio de la gracia. » 1 Corint., i, 12.

Muchas veces en los escritos de S. Pablo se toma la palabra gloria en diferente sentido del que le da aqui el Apóstol. En la *Epíst. á los Romanos*, ix, 22, hablando de la vocacion de los judios y de los gentiles á la fe, dice: « Queriendo Dios manifestar su cólera y ostentar su poder, sufrió con mucha paciencia los vasos de cólera dignos de ser destruidos para mostrar las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia que preparó para la gloria. » No pensamos que trata aqui de la gloria eterna, sino de la gloria de Dios acá abajo y de la de su Iglesia. Dios mostró efectivamente sus riquezas en las virtudes de los que fueron llamados á la fe. En este mismo sentido dice san Pablo en la *Epístola 1.^a á los Corint.*, ii, 9, que Dios predeseñó antes de los siglos el misterio de su sabiduria para nuestra gloria; y *Ephes.*, i, 8, dice que nos predeseñó á ser hijos adoptivos por la gloria de su gracia: de este mismo modo lo explicó S. Agustín, *Enarr. in ps.* 18, n. 3, et *in ps.* 39, n. 4.

GLORIA IN EXCELSIS, GLORIA PATRI. V. DOXOLOGIA.

Gnosimacos. Ciertos herejes que vituperaban los conocimientos meditados de los místicos, la contemplacion, los ejercicios de la vida espiritual; se llamaron *γνῶσιμαί*, *enemigos de los conocimientos*. Querian que nos contentásemos con hacer buenas obras, que se desterrara el estudio, la meditacion y toda investigacion profunda en la doctrina y misterios del cristianismo; con el pretexto de evi-

tar los excesos de los falsos místicos, caian en otros. Nunca deja de suceder esto á todos los censores que vituperan por inclinacion y sin reflexion.

En el dia los incrédulos acusan á los cristianos en general de ser *gnosimacos*, enemigos de las letras, de las ciencias y de la filosofia; segun ellos, el cristianismo ha retardado los progresos de los conocimientos humanos y no tiende mas que á destruirlos y á sumirnos en las tinieblas de la barbarie.

Sin embargo, entre todas las naciones del universo no hay ninguna que haya hecho tantos progresos en las ciencias como las naciones cristianas; las que abandonaron el cristianismo despues de haberlo conocido, han vuelto á caer en la ignorancia; sin el cristianismo, los bárbaros del Norte que inundaron la Europa en el siglo V hubieran destruido hasta el último gérmen de los conocimientos humanos; y sin los esfuerzos que han hecho los príncipes cristianos para contener las conquistas de los mahometanos, estaríamos actualmente sumidos en la barbarie que reina entre ellos. Hé aqui cuatro hechos principales que desafiamos á los incrédulos á que se atrevan á poner en duda; en la palabra *Circaxia* hemos dado las pruebas de esto: ahora oigámoslos.

En el Evangelio, Jesucristo da gracias á su Padre por haber ocultado la verdad á los sabios para revelarla á los niños y á los ignorantes; llama dichosos á los que creen sin ver. *Mat.*, xv, 25; *Joan.*, xx, 29. San Pablo no cesa de declamar contra la filosofia, contra la ciencia y la sabiduria de los griegos; se exige de un cristiano que crea ciegamente en la doctrina que se le predica, sin saber si es verdadera ó falsa. Desde el origen del cristianismo, sus sectarios no se han ocupado mas que en frivolas disputas sobre materias ininteligibles; han descuidado el estudio de la naturaleza, de la moral, de la legislacion, de la política, las únicas capaces de contribuir al bien de la humanidad. Los PP. de la Iglesia han apagado la antorcha de la crítica, han hecho todos sus esfuerzos para suprimir las obras de los paganos, han vituperado el estudio de las ciencias profanas, no ha consistido en ellos el que no estemos reducidos á la única lectura de la Biblia, como los mahometanos á la del Alcoran. Hé aqui grandes argumentos, debemos examinarlos detenidamente y á sangre fria: ninguno destruye los cuatro hechos que hemos establecido.

1.^o Preguntamos si los ignorantes que creyeron en Jesucristo á la vista de sus milagros y de sus virtudes, no han sido mas sabios y ra-

zopables que los doctores judios que rehusaron creer en él, á pesar de la evidencia de sus pruebas, y si los incrédulos pretenden justificar el terco fanatismo de los judios. A menos que no tomen este partido, se verán precisados á confesar que no hizo Jesucristo mal en bendecir á su Padre por haber inspirado mas docilidad, sensatez y sabiduria á los primeros que á los segundos. Tambien sostenemos que un ignorante, que cree en Dios y en Jesucristo, razona mejor que un filósofo que abusa de sus conocimientos abrazando y predicando el ateísmo, y no se sigue nada contra la utilidad de la verdadera filosofia.

El Salvador dijo á un apóstol que no habia querido creer en el testimonio unánime de sus colegas, que mejor hubiera sido para él creer sin haber visto: ¿era laudable la indocilidad de este apóstol? lo mismo que la de los incrédulos del dia.

2.^o Sabemos á qué se habian dirigido la ciencia, y la pretendida sabiduria de los filósofos griegos: á desconocer á Dios en sus obras, á no darle ningun culto, á conservar la idolatria y todas sus supersticiones, á ser tan viciosos como el pueblo, que debian haber ilustrado y reformado: hé aqui de lo que les acusa S. Pablo. *Rom.*, i, 18 y sig. Tenia razon, y mientras que los partidarios de la filosofia continúan haciendo de ella el mismo abuso, nosotros sostendremos como el Apóstol que su pretendida sabiduria no es mas que una locura, capaz de pervertir á las naciones y consumir su ruina como lo ha hecho con los griegos y romanos. No es pues el cristianismo, sino la falsa filosofia, la que desacredita y hace odiosa la verdadera sabiduria; los incrédulos quieren acriminarnos de lo que solo ellos son culpables.

S. Pablo por otro lado prevenia el desorden que iba á tener lugar bien pronto, y que empezaba ya en su tiempo; sabia que filósofos pertinaces y mal convertidos introducirian en el cristianismo su genio orgulloso, disputador, quisquilloso, temerario, y harian nacer las primeras herejías, previene á los fieles contra este escándalo. *Colos.*, ii, 8. Su predicacion se ha verificado completamente. En el dia nuestros filósofos nos acaban de echar en cara las disputas del cristianismo, de que han sido los primeros autores sus predecesores, ellos mismos las renuevan todavía rejuveneciendo los rancios sofismas de los antiguos.

3.^o No es cierto que se exija del cristiano una fe ciega, que se le obligue á creer una doctrina, sin saber si es falsa ó verdadera. Un cristiano está convencido de que su doc-

trina es verdadera, porque está revelada por Dios, y está seguro de la revelacion por hechos de los que depone el universo entero, por motivos invencibles de credibilidad. Es absurdo exigir otras pruebas, pruebas intrínsecas, razonamientos filosóficos sobre el fondo mismo de los dogmas; de otro modo un ignorante estaria autorizado á no creer ni aun en un Dios.

¿No son mas bien los incrédulos los que exigen una fe ciega en sus sistemas? Muchos han confesado que la mayor parte de sus discípulos creen bajo su palabra, abrazan el ateísmo, el materialismo, ó el deísmo, sin hallarse en estado de comprender su fondo ni consecuencias, de comparar las pretendidas pruebas con las dificultades; que son incrédulos por libertinaje, y no por conviccion. Por otro lado vemos en sus obras que los que hablan mas alto son los que saben menos.

4.^o Antes del nacimiento del cristianismo, los griegos, nacion ingeniosa, si hubo alguna, habian estudiado la naturaleza, la moral, la legislacion, la política durante mas de quinientos años, ¿y habian hecho grandes progresos? No hace todavía seiscientos años que hemos despertado de un profundo sueño, y ya se pretende que estamos mucho mas adelantados que ellos. La naturaleza, el clima, las causas físicas, ¿nos han valido mas? Nada de esto creemos. Es necesario pues que una causa moral haya contribuido á ello; ¿y puede ser otra que la religion? Sin los monumentos que nos ha conservado, sin los conocimientos que nos ha dado, todavia no habríamos adelantado un paso.

Desde que nuestros filósofos han sacudido el yugo de toda religion, su entendimiento sublime no es ya contenido por las trabas del cristianismo; si exceptuamos algunos descubrimientos de pura curiosidad, ¿qué nos han enseñado en materia de moral y legislacion? Errores groseros ó cosas que se sabian antes de ellos. Se creen criadores, porque ignoran lo que se escribió en los siglos anteriores.

5.^o Por un efecto de esta ignorancia acusan á los PP. de la Iglesia de haber apagado la antorcha de la crítica. ¿Quién la habia encendido antes de los PP. para que estos pudiesen apagarla? Orígenes y S. Jerónimo fueron los primeros que siguieron sus reglas para procurar á la Iglesia copias correctas y versiones exactas de los libros santos. En estos últimos siglos no se ha hecho mas que reducir á arte y método la marcha que habian seguido en sus trabajos.

Tenemos muchisima razon para echar en cara á los incrédulos que ellos son los que

apagan la antorcha de la crítica. Por auténtico que sea un documento antiguo, hasta que les incomode para que lo juzguen sospechoso; cuando un pasaje les es contrario, acusan á los cristianos de haberlo alterado ó interpolado; ningún autor les parece digno de fe, si no ha sido pagano ó incrédulo; deprimen á los escritores mas respetables para elevar hasta las nubes á los impostores mas desacreditados; exigen para vencer su pirronismo histórico un grado de evidencia y de notoriedad que nunca ha pedido ningún crítico.

Se calumnia á los PP. sin ninguna prueba, cuando se les acusa de haber suprimido ó hecho perecer las obras de los paganos ó de los enemigos del cristianismo. Han perecido casi tantas otras obras de autores eclesiásticos los mas apreciados como de autores profanos. No son los PP. los que han quemado las bibliotecas de Alejandria, de Cesarea, de Constantinopla, de Hipona y de Roma; ellos son al contrario los que nos han conservado los escritos de Celso y de Juliano contra el cristianismo. Ha sido necesario hacer las investigaciones mas exactas y difíciles para tener conocimiento de los libros de los rabíes, y los teólogos son los que los han publicado; no hubieran sido conocidas muchas producciones de los incrédulos, sin la refutación que han hecho de ellas nuestros apologetas. S. Gregorio, papa, es el que ha sido mas acusado entre los PP. de haber hecho quemar los libros: lo vindicaremos en su artículo.

Pero nos atrevemos á asegurar con confianza que si hubieran sido áribros nuestros adversarios, no hubiesen dejado subsistir un solo libro favorable al cristianismo.

Gnósticos, herejes del primero y segundo siglo de la Iglesia, que aparecieron principalmente en el Oriente. Su nombre griego *gnosticos* significa *ilustrado, iluminado*, dotado de conocimiento, y se lo atribuyeron, porque pretendían ser mas ilustrados é inteligentes que el comun de los felices, y aun que los apóstoles. Consideraban á estos últimos como gentes sencillas, que no tenían el verdadero conocimiento del cristianismo, y que explicaban la Sagrada Escritura en un sentido demasiado literal y grosero.

En el principio fueron filósofos mal convertidos, que quisieron acomodar la teología cristiana con el sistema de filosofía de que estaban prevenidos; mas como cada uno de ellos tenía sus ideas particulares, formaron un gran número de sectas, que llevaban el nombre de sus jefes; *simoníacos, nicolaitas, valentinianos, basilidianos, carpocratianos,*

ofitas, setianos, etc. Todos tomaron el nombre general de *gnósticos* ó iluminados, y cada uno se formó una creencia separada, aunque era la misma en ciertos puntos. Parece que este desorden empezó desde el tiempo de los apóstoles, y que S. Pablo alude á él en muchos lugares de sus cartas; *1 Tim.*, vi, 20, advierte á Timoteo, « que evite las novedades profanas, y todo lo que opone una ciencia falsamente llamada *gnose*, que profesándola algunos se han separado de la fe; que no se entretenga con fábulas y genealogías *sua fin*, que mas bien sirven para excitar disputas, que para establecer por la fe el verdadero edificio de Dios.» Muchos sabios han reconocido los *gnósticos* en este cuadro.

Sabemos que el escollo de la filosofía y del raciocinio humano fué siempre el querer explicar el origen del mal; el conciliar con la bondad, la sabiduría, y el poder de Dios, las imperfecciones y desórdenes de las criaturas, la conducta de la Providencia, la oposición aparente que se halla entre el antiguo y nuevo Testamento, etc. Para darse una razón, los *gnósticos* se imaginaron que el mundo no habia sido criado por el Dios supremo, ser soberanamente poderoso y bueno, sino por espíritus inferiores, que él habia formado, ó mas bien, que habian salido de él por *emanación*.

En consecuencia, además de la Divinidad suprema que los valentinianos llamaban *Pleroma*, plenitud ó perfección, admitieron una numerosa generación de espíritus ó de genios que llamaban *conos*, es decir, seres vivientes é inteligentes, personajes por cuya operacion se lisonjaban explicarlo todo. Moshcim, instruidísimo crítico, ha hecho una disertación bastante larga para saber lo que significa la palabra *eon*, que es el griego *αιων*, y no sabe qué decir de ella. *Inst. Hist. crit.*, 2ª part., c. 1, § 2. No hubiera tenido esta dificultad, si hubiese atendido á que este nombre viene de los orientales; que en su lengua *haiah, hajah, haah*, significa la vida de los seres vivientes. Mientras que los griegos pronunciaban *αιων*, los latinos han dicho *seculum*, la vida ó duración; nosotros decimos *la eternidad*, que es el hebreo *hajah*. Como siempre se ha unido á la vez la vida y la inteligencia, los *conos* son seres vivos é inteligentes, que llamamos *espíritus*; los griegos los llamaban *demonios*, que casi tiene el mismo sentido. Estos pretendidos *conos* eran, ó los atributos de los dioses personificados, ó nombres hebreos sacados de la Escritura, ó palabras bárbaras inventadas á discreción. Así de *Pleroma* ó Divinidad salían *nois* la inteligencia, *sophia* la

sabiduría, *sige* el silencio, *logos* el verbo ó la palabra, *sabaoth* los ejércitos, *achanath* las sabidurías, etc. El uno habia formado el mundo, otro habia gobernado á los judíos y hecho su ley, el tercero habia aparecido entre los hombres con el nombre del *Hijo de Dios* ó de *Jesucristo*, etc. Nada les costaba el multiplicarlos, los unos eran varones y los otros hembras; de su matrimonio habia salido una numerosa familia; de aquí aquellas *genealogías sua fin* de que habla S. Pablo.

Moshcim, que ha examinado de cerca el sistema de estos sectarios, dice que todos, aunque divididos en muchas cosas, admitían los dogmas siguientes: la materia es eterna é increada, esencialmente mala y el principio de todo mal; está gobernada por un espíritu ó genio naturalmente perverso, que tiene á las almas nacidas de Dios sujetas á la materia, á fin de tenerlas bajo su imperio; él es el que ha hecho el mundo. Dios es bueno y poderoso; pero su poder no es bastante grande para vencer al del constructor del mundo; este ó otro genio malo es el que ha hecho la ley de los judíos. Otro, bueno por su naturaleza y amigo de los hombres, ha bajado del cielo para librarlos del imperio del principio de la materia; pero como la carne, obra de este último, es esencialmente mala, el buen genio, que llamamos *Salvador*, no ha podido revestirse de ella; no ha tomado mas que las apariencias: parece que ha nacido, padecido, muerto y resucitado, aunque nada de esto haya sucedido en realidad.

Así los *gnósticos* no admiten ni el pecado original, ni la redención de los hombres en el sentido propio; consistía únicamente en que Jesucristo habia dado á los hombres lecciones y ejemplos de sabiduría y de virtud. *S. Iren.*, l. 1, c. 24. Para obrar una redención de esta especie no se necesitaba que Jesucristo fuese un Dios encarnado, ni un hombre en cuerpo y alma; bastaba que este Verbo divino se mostrase bajo el exterior de un hombre; su nacimiento, sus padecimientos y su muerte parecían á los *gnósticos* no solo inútiles, sino indecentes; el Verbo, decían, despues de haber llenado el objeto de su mision, habia vuelto á la Divinidad tal como habia bajado. En consecuencia, la mayor parte fueron llamados *doctas*, opinantes ó imaginantes, porque, según su opinion, la humanidad de Jesucristo habia sido solo imaginaria ó aparente. V. **DOCTAS**.

Sus ideas sobre la naturaleza del hombre no eran menos absurdas; según su sistema habia hombres de tres especies: los unos, puramente materiales, no eran susceptibles

mas que de las afecciones ó mas bien de las cualidades pasivas de la materia; los otros, verdaderos animales, aunque dotados de la facultad de raciocinar, incapaces de elvarse sobre las afecciones y de los gustos sensuales; los terceros, nacidos espirituales, se ocupaban de su destino y de la dignidad de su naturaleza, y triunfaban de las pasiones que tiranizaban á los demás hombres. *S. Iren.*, l. 1, c. 6, n. 1, etc.

Es evidente que este caos de errores, lejos de satisfacer al entendimiento y resolver las dificultades, las multiplica. Supone que Dios no es libre; él no ha producido los *conos* con libertad, sino que han salido de él por emanación y por necesidad de naturaleza. Son pues seres coeternos y consustanciales á Dios. Véase **EMANACIONES**. Es un absurdo el decir que Dios, ser increado, existente por sí mismo, no tiene mas que un poder limitado, y que de un ser esencialmente bueno hayan salido genios esencialmente malos; que la materia, otra sustancia eterna y necesariamente existente, es mala por su naturaleza; si es así, es inmutable; cómo espíritus subalternos han podido cambiar su disposición y ordenarla? Son mas poderosos que Dios, puesto que han sustraído de su imperio las almas nacidas de él, encadenándolas á la materia. Los hombres tampoco son libres, puesto que han nacido materiales, animales ó espirituales, sin que su voluntad haya contribuido á ello para nada, y no depende de ellos el cambiar de naturaleza; todo es pues necesario é inmutable; tanto valdria enseñar el materialismo puro.

Despues los marcionitas y los maniqueos simplificaron este sistema, admitiendo solamente dos principios de todas las cosas, uno bueno y otro malo; mas el resultado y los inconvenientes eran siempre los mismos. Tales son los extravíos de la filosofía de todos los siglos, cuando cierra los ojos á las luces de la fe.

Hasta ahora, para conocer las opiniones de los *gnósticos*, se habian consultado á S. Ireneo, que los ha refutado, á S. Clemente Alejandrino, á Orígenes, Tertuliano y S. Epifanio, que habian leído sus obras. En el día los críticos protestantes sostienen que estos PP. son malas guías, porque los *gnósticos* habian tomado sus errores en la filosofía oriental, de la que los PP. no tenían ningún conocimiento. Por *filosofía oriental* entienden la de los caldeos, de los persas, sirios y egipcios; podían añadir de los indios. Esta filosofía, dicen, se designó siempre con el nombre de *gnose* ó conocimiento, y los que la seguían

se llamaban *gnósticos*; mas los libros que la contenían, estaban escritos en lenguas que los PP. griegos y latinos no entendían. En consecuencia han referido mal á la filosofía de Platon las opiniones de los *gnósticos*, que sin embargo se aprecian muy poco; luego las han concebido, expuesto y refutado muy mal; aun muchos han adoptado sus errores sin saberlo, y los han introducido en la teología cristiana. Este es el parecer de Beausobre, Mosheim, Brucker, etc. Mosheim lo ha desenvuelto con mucha destreza y erudición. *Inst. Hist. crist.*, 2.ª parte, c. 1, § 6 y sig.; c. 5, § 2 y sig.; *Hist. crist.*, siglo II, § 26. Brucker la ha seguido en su *Hist. crit. de la filos.*; considera este descubrimiento de Mosheim como la llave de todas las disputas antiguas.

Si esta pretension no tuviera por objeto mas que refutar á los escritores modernos que han considerado las primeras herejías como vástagos del platonismo, nos interesaría bien poco; pero como ataca directamente á los PP. de la Iglesia, nos importa examinar si está bien ó mal fundada.

Es cierto que Tertuliano, de *Præscript.*, c. 7; de *Anima*, c. 13, ha considerado á Platon como el padre de todas las antiguas herejías, y que Dom Massuet, en sus *Disert. sobre S. Ireneo*, se ha esforzado en demostrar la conformidad de las opiniones de los *gnósticos* con la de Platon; y puesto que conviene Mosheim que en efecto había mucha semejanza entre unas y otras, no vemos en qué han pecado los que se han dedicado á buscar hasta las mas pequeñas diferencias. Al menos S. Ireneo ha observado la principal á juicio del mismo Mosheim; dice, *adv. Hæres.*, l. 3, c. 23, n. 5, que Platon ha sido mas religioso que los *gnósticos*, que ha reconocido un Dios bueno, justo, todopoderoso, que ha hecho el universo por bondad; en vez que los *gnósticos* atribuían la formación del mundo á un ser inferior á Dios, malo por naturaleza, enemigo de Dios y de los hombres. Este P. ha sabido pues distinguir el platonismo del sistema de los *gnósticos*, pero veremos despues que la profesion de fe de Platon no ha sido muy constante.

Para averiguar la genealogía de las opiniones de los *gnósticos*, no preguntaremos de qué nacion eran sus principales jefes Valentin, Cerdon, Basilides, Menandro, Carpócrates, etc.; si entendían mejor las lenguas orientales que los PP. Pasa como cierto que la mayor parte habían aprendido la filosofía en la célebre escuela de Alejandría, y que algunos eran egipcios. Clemente y Orígenes no solo habían estudiado allí, sino que habían

enseñado. Convendría que nos dijese por qué medio los heresiarcas de que hablamos han adquirido en la filosofía oriental leyes y conocimientos de que carecían estos dos PP. de la Iglesia.

En segundo lugar, los *gnósticos*, dice Mosheim, declamaban altamente que habían tomado su doctrina, no de Platon ni de los griegos, sino de los escritos de Zoroastro, de Zostriano, de Nicosheo, de Mesus y demás filósofos orientales. *Inst. Hist. crist. maj.*, siglo I, 2.ª parte, § 3, notas.

Luego si estos herejes lo publicaban así, los Padres que los refutaban no podían ignorarlo; sin embargo, á pesar de la asercion de los PP. no han persistido menos en decir que los *gnósticos* habían tomado sus errores de Platon; han juzgado pues que estos sectarios los engañaban. ¿A quién debemos creer mejor, á los *gnósticos* reconocidos por Mosheim como falsarios, ó á los PP. de la Iglesia, á quienes no se les puede probar la impostura? El hecho cierto es que los libros de Zoroastro no contienen ya en el día la doctrina de los *gnósticos*, en vez de que se halla en los de Platon; los PP. son pues mas creíbles que estos herejes.

En tercer lugar, el mismo Mosheim ha vituperado su método de juzgar. «No puedo aprobar, dice, la conducta de aquellos que buscan con mucha sutileza el origen de los errores; al momento que hallan la menor semejanza entre dos opiniones, no dejan de decir: esta viene de Platon, aquella de Aristóteles, esta otra de Hobbes ó de Descartes. No hay pues bastante corrupcion y demencia en el entendimiento humano para forjar errores, racionando desarreglado, sin que necesite maestro ni modelo.» *Notas sobre Cudworth*, c. 4, § 36, pág. 376, n. (h). Luego si los PP. han hecho mal en atribuir á Platon la invencion de los sistemas de los *gnósticos*, Mosheim habrá hecho todavía mucho peoren atribuirlo á los orientales, cuyas obras ya no tenemos, ni ningun monumento auténtico de su doctrina.

Sea de esto lo que quiera, conviene Mosheim, *Inst.*, pág. 347 y 348, en que los PP. han referido fielmente los sentimientos de los *gnósticos*; manifiesta que Platon ha echado en cara á sus sectarios los mismos errores que S. Ireneo les atribuye. Hé aquí el punto esencial. Desde que los PP. han comprendido bien las opiniones de estos herejes, se han hallado en estado de refutarlas sólidamente, y lo han hecho. Puesto que por otro lado tenían entre manos los escritos de Platon, les ha sido fácil ver lo que había de seme-

ante ó desemejante entre una y otra doctrina.

Aquí podríamos concluir, y esto bastaría para poner á los PP. á cubierto de acusaciones; mas todavía es bueno saber si las opiniones de los filósofos orientales, abrazadas por los *gnósticos*, han sido tan diferentes de las de Platon como pretende Mosheim. Los orientales, dice, *ibid.*, c. 1, § 8, pág. 139, embarazados por saber de dónde vienen los males que hay en el mundo, convinieron generalmente en enseñar: 1.º Que hay un principio eterno de todas las cosas, ó un Dios exento de vicios y de defectos, pero cuya naturaleza no podemos comprender. 2.º Que hay tambien una materia eterna, increada, grosera, tenebrosa, sin orden y sin disposicion. 3.º Que han salido de Dios, sin saber cómo, seres inteligentes, imperfectos, limitados en su poder, que se llaman *eonos*; que estos, ó uno de ellos, es el que ha formado el mundo, y la raza de los hombres con todos sus vicios y defectos. 4.º Que Dios ha hecho todo lo posible para remediarlo, que en todas partes ha derramado señales de su bondad y de su providencia; pero que enteramente no ha podido remediar el mal que habían producido unos constructores impotentes, torpes y maliciosos, que se oponen á sus designios. Que hay en el hombre dos almas, una sensitiva que ha recibido de los *eonos*, otra inteligente y racional que le ha dado Dios. 6.º Que el deber del sabio es hacer, en cuanto pueda, á esta segunda alma independiente del cuerpo, de los sentidos y del imperio de los *eonos*, para elevarla, unirle á Dios solo; que puede conseguirlo por la contemplacion, y reprimiendo los apetitos corporales; que entonces el alma, libre de los vicios y de las impurezas de este mundo, está segura de gozar una perfecta bienaventuranza despues de la muerte.

Resta saber en qué se diferencia este sistema del de Platon: Mosheim se ha dedicado á demostrarlo. *Hist. crist.*, secc. 1, § 62, pág. 183. Platon, dice, enseña en el *Timeo* que Dios ha obrado *ab eterno*. Los *gnósticos* suponían que Dios estaba ocioso y en un perfecto descanso; estos concebían á Dios como rodeado de luz; Platon lo creía puramente espiritual. En segundo lugar el mundo de Platon es una obra hermosa, digna de Dios; el de los *gnósticos* es un caos de desórdenes que Dios se ocupa en destruir. En tercer lugar, segun Platon, Dios gobierna al mundo y á sus habitadores, ó por sí ó por genios inferiores. Segun los *gnósticos*, el artefice y gobernador del mundo es un tirano orgulloso, ce-

loso de su dominacion, que oculta á los mortales cuanto puede el conocimiento de Dios.

Hay que hacer sobre esta subteoría de Mosheim una infinidad de observaciones.

1.º No es cierto que todas las sectas de los *gnósticos* hayan tenido todas las opiniones que les da Mosheim. Vemos por la narracion de los PP. que no hay nada constante ni uniforme entre estos herejes.

2.º En vez de enseñar que Dios ha obrado *ab eterno*, Platon parece suponer lo contrario; dice en el *Timeo*, pág. 327, B, y 329, D, que la materia estaba en un movimiento desarreglado antes que Dios la hubiese ordenado, y que la ordenó porque lo creyó mejor. Añade que Dios ha hecho el tiempo con el mundo, que una naturaleza que ha empezado á ser no puede ser eterna. Tambien han estado divididos los platonicos sobre este punto.

3.º Muchos piensan que este filósofo ha confundido á Dios con el alma del mundo; de modo que está rodeada de materia lo mismo que el Dios de los *gnósticos*; es imposible concebir á Dios como un ser puramente espiritual, cuando no se admite la creacion; como Platon no la admite, ha supuesto lo mismo que los *gnósticos* la eternidad de la materia.

4.º Para probar que el mundo es una obra digna de Dios, Platon se funda en el mismo principio que los *gnósticos*, á saber, que un ser buenisimo no puede hacer sino lo mejor. *Timeo*, p. 327, A, B. Supone que Dios ha construido el mundo lo mejor que ha podido: no le atribuye lo mismo que los *gnósticos* mas que un poder muy limitado.

5.º Estos herejes insistían menos en los defectos físicos de la máquina del mundo, que en los desórdenes é imperfecciones de los hombres; así Platon pensaba lo mismo que ellos, que no es Dios el que ha hecho á los hombres, ni á los animales; segun su opinion, Dios comisionó á dioses inferiores, á los genios ó demonios que adoraban los paganos. *Timeo*, p. 330, II, y lo repite muchas veces. Pero importa que haya llamado á estos genios *dioses* ó *eonos*; no da de ellos una idea mas ventajosa que la que tenían los *gnósticos*; el gobierno de unos no era mejor que el de los otros.

6.º Segun los *gnósticos*, los *eonos* han salido de Dios por emanacion. Platon parece haber pensado que Dios ha sacado de sí mismo el alma del mundo; que ha separado partes de ella para animar á los astros y demás partes de la naturaleza; llama *dioses celestiales* al mundo, al cielo, los astros, la tierra; de estos, dice, han nacido los *dioses mas jóvenes*, los

genios ó demonios, y estos últimos han formado á los hombres y á los animales; para animar á estos nuevos seres ha tomado Dios porciones del alma de los astros. *Timeo*, p. 533, G. Esta genealogía de las almas es por lo menos tan ridícula como la de los *eonos*.

7º Para resolver la gran cuestión del origen del mal, poco importa saber si ha venido de la impotencia ó de la malicia de los *eonos*, como pretendían los *gnósticos*, ó si es una consecuencia de los irreformables defectos de la materia, como parece haberlo supuesto Platón; una de estas hipótesis no satisface mejor que la otra á la dificultad. V. MA. y MANIQUEISMO.

Todos convienen en que el sistema de Platón es un caos tenebroso; que este filósofo parece haber afectado hacerse osento en lo que ha dicho de Dios y del mundo: los platónicos antiguos y modernos han disputado para saber cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Aun cuando los PP. no hubieran visto con mas claridad unos que otros, no podrían acusarlos de falta de luces, ni de reflexión. Es pues fuera de tiempo cuando se les acusa haber confundido las opiniones de Platón con las de los *gnósticos*, y de no haber visto que estas venían de los filósofos orientales.

Siempre queda una gran cuestión por resolver. Aun cuando los PP. hubieran visto tan distintamente como Mosheim, Brucker, etc. la diferencia que había entre la doctrina de los *gnósticos* y la de Platón, ¿estarían obligados á raciocinar de otro modo que como lo han hecho refutando á estos herejes? Hé aquí lo que estos grandes críticos no se han tomado el trabajo de demostrar. Sostenemos que son sólidos los razonamientos de los PP., y desafiarnos á sus detractores á que prueben lo contrario.

Los *gnósticos* divulgaban sueños sobre el poder, las inclinaciones, las funciones de los *eonos*, de los espíritus buenos ó malos; sobre el modo de subyugarlos por encantamiento con palabras mágicas, con ceremonias absurdas; sobre el arte de hacer por su mediación curaciones y otras maravillas. Así practicaron la magia: Plotino los acusa lo mismo que á los PP. de la Iglesia. Mas puesto que Platón ha distinguido espíritus ó demonios, unos buenos y otros malos, que tenían poder sobre el hombre, ha sido fácil deducir que se les podía ganar su afecto con respetos, ofrendas y fórmulas de invocación, etc. No es pues de admirar que los platónicos del III y IV siglo hayan estado preocupados con la teúrgia, que era una verdadera magia; no han necesitado tomar este absurdo de los orientales.

Sin embargo, Mosheim persiste en sostener que la escuela de Alejandria habia mezclado la filosofía oriental con la de Platón, y que de ella pasó á los *gnósticos*. Estos, dice, adoptaron las opiniones de Zoroastro y de los orientales, puesto que citaban sus libros y no los de Platón, alababan su doctrina y no la de Zoroastro, y demás orientales; uno de estos hechos no prueba mas que el otro.

Sabemos por otro lado que los *gnósticos* forjaban libros falsos, hacían citas falsas, alteraban el sentido de los autores; Porfirio se lo ha echado en cara. Vemos en la actualidad por los libros de Zoroastro que su sistema no era el mismo que el de los *gnósticos*, de modo que para nada sirven las conjeturas de Mosheim.

Sin fundamento tambien refiere á la filosofía oriental las visiones de los judíos cabalistas; estos han tenido algunas opiniones semejantes á las de los orientales; pero estos sueños se hallan poco mas ó menos en todos los pueblos del mundo. Mosheim, *Inst.*, c. 4, § 14, p. 149, conviene en que desde el siglo de Alejandria los judíos habian adquirido bastante conocimiento de la filosofía de los griegos, y que habian trasportado muchas cosas á su religión; no es pues fácil distinguir lo que habian adquirido entre los orientales y lo que habian tomado de los griegos. En materia de desvarios, ni los filósofos, ni los pueblos han necesitado nunca hacer plagios; las mismas ideas han venido naturalmente á la mente de los que raciocinan, que de los que no raciocinan. Los salvajes de América, los japoneses, los negros ciertamente que no han ido á tomar entre los orientales su creencia relativa á los *manitous*, á los espíritus, á los *felices*, á la magia, etc.

De un sistema tan monstruoso como el de los *gnósticos* fácilmente se podia deducir una moral detestable; así muchos pretendían que para combatir las pasiones ventajosamente, se *resista* con *ceras*; que para conocerlas, es necesario entregarse á ellas y observar sus movimientos; concluan que no podemos librarnos de ellas, sino satisfaciéndolas y aun privándonos sus deseos; que el crimen y el envilecimiento del hombre no consistía en satisfacer las pasiones, sino en considerarlas la felicidad perfecta y el último fin del hombre. «Imito, decía uno de sus doctores, á los tróficos que pasan al campo enemigo con pretexto de servirlos, un sabio debe conocerlo todo; ¿pues qué mérito hay en abstenerse de una cosa que no se conoce? El mérito no consiste en abstenerse de los placeres, sino en

usar de ellos como señor, cautivar el deleite á nuestro imperio, aun cuando nos tengamos entre sus brazos; yo así es como uso de él, y no lo abrazo mas que para sofocarle. » Ya era este el sofisma de los filósofos erenéticos, como observa Clemente Alejandrino. *Strom.*, t. 2, c. 20, p. 490.

Verdaderamente que el principio de los *gnósticos*, que la *carne es mala en sí*, podia tambien dar lugar á consecuencias morales severísimas: el mismo Clemente reconocía que muchos de ellos deducían en efecto estas consecuencias y las seguían en la práctica; que se abstendían de la carne y del vino, que mortificaban su cuerpo, que guardaban continencia, que condenaban el matrimonio y la procreacion de los hijos, por aborrecimiento á la carne y al pretendido genio que allí presida. Esto era evitar un exceso con otro exceso: los PP. lo han reprobado igualmente; pero los protestantes han abusado extraordinariamente de su doctrina. Véase CRIBATO, MORTIFICACION, etc. Mosheim conviene de buena fe en que los críticos modernos, que han querido justificar ó atenuar los errores de los *gnósticos*, conseguirían mejor que este volver blanco á un negro; sostiene que no es cierto que los PP. de la Iglesia hayan exagerado sus errores, ni que los hayan imputado falsamente á estos sectarios. *Hist. christ.*, *sec.* 1, § 86, p. 184. Sin embargo, Le Clerc no ha querido dar ninguna fe á lo que ha dicho S. Epifanio de la detestable moral y depravadas costumbres de los *gnósticos*. *Hist. eccl.*, año 76, § 40.

El colmo de la demencia de los *gnósticos* fué el querer fundar sus visiones y su moral corrompida en pasajes de la Escritura Santa por explicaciones místicas, alegóricas ó cabalísticas á manera de los judíos, y aplaudirse este abuso como un talento superior al que lo general de los cristianos eran incapaces de elevarse. Muchos hacían profesión de admitir el antiguo y nuevo Testamento, pero suprimían todo lo que no convenia con sus ideas. Atribuían al espíritu de verdad lo que les parecía favorecerles, y al espíritu de mentira lo que condenaba sus opiniones.

Pretende Mosheim que los PP. debían haberse muy embarazados para refutar estas explicaciones alegóricas de los *gnósticos*, puesto que ellos mismos seguían este método. Se encarga. 1º Las explicaciones alegóricas de la Sagrada Escritura dadas por los PP. no han sido nunca absurdas, como lo eran las que forjaban los *gnósticos*, y de las que Mosheim ha citado algunos ejemplos. 2º Los PP. hicieran, no para probar dogmas, sino para

deducir lecciones de moral; esto es muy diferente; los *gnósticos* hacían lo contrario. 3º Los PP. nunca han renunciado absolutamente al sentido literal; fundaban los dogmas en la tradición de la Iglesia, lo mismo que en dicho sentido; los *gnósticos* desechaban el uno y la otra; no querían aun deferir á la autoridad de los apóstoles. Sobre esto es sobre lo que S. Ireneo ha insistido mas escribiendo contra los *gnósticos*, y esto es lo que prueba contra los protestantes la necesidad de la tradición.

Tenian tambien estos sectarios muchos libros apócrifos que habian forjado, un poema titulado: el *Evangelio de la perfeccion*, el *Evangelio de Eva*, los *Libros de Seth*, una obra de Noria, pretendida mujer de Noé, las *Revelaciones de Adán*, las *Interrogaciones de Maria*, la *Profecía de Bahubá*, el *Evangelio de Felipe*, etc. Mas estas falsas producciones probablemente no se dieron á luz hasta fines del II siglo. S. Ireneo no ha citado mas que una ó dos. Los protestantes copiados por los incrédulos abusan de la buena fe de los ignorantes, cuando acusan á los cristianos en general de haber supuesto estos libros apócrifos; propiamente hablando, los *gnósticos* no eran cristianos, puesto que no hacían ningún caso de los mártires, ni se creían obligados á sufrir la muerte por Jesucristo.

Como el nombre de *gnósticos* ó de hombre ilustrado es un elogio, S. Clemente de Alejandria entendiendole por un *verdadero gnóstico*, un cristiano instruídísimo, y lo opone á los herejes que usurpaban falsamente este nombre: el 1º, dice, ha envejecido en el estudio de la Sagrada Escritura, guarda la doctrina ortodoxa de los apóstoles y de la Iglesia; los otros al contrario, abandonaban las tradiciones apostólicas, y se creían mas instruídos que los apóstoles. *Strom.*, t. 7, c. 1, 47, etc.

La historia de los *gnósticos*, la marcha que han seguido, los errores en que han caído, dan lugar á algunas reflexiones importantes. 1º Desde el origen del cristianismo vemos entre los filósofos el mismo carácter que en los del día, una vanidad insostenible, un profundo desprecio hacia todos los que no piensan como ellos, el furor de sustituir sus delirios á las verdades que Dios ha revelado, la pertinacia en sostener absurdos escandalosos, una moral corrompida y costumbres ambíguas á ellas, ningún escrúpulo en emplear la impostura y la mentira para establecer sus opiniones y para hacer prosélitos. Aquellos filósofos que abrazaron sinceramente el cristianismo, como S. Justino, Atenágoras, S. Clemente Alejandrino, Orige-

nes, etc., cambiaron, por decirlo así, de naturaleza, haciéndose cristianos, puesto que llegaron á ser humildes, dóciles y sumisos al yugo de la fe. Fueron los apologistas y los defensores de nuestra religión, edificaron á la Iglesia tanto con sus virtudes como con sus talentos, muchos sellaron con su sangre las verdades que enseñaron. Quizá nunca ha brillado mas el poder de la gracia que en la conversion de estos grandes hombres.

^{2º} Los primeros *gnósticos* estaban empeñados sistemáticamente en contradecir el testimonio de los apóstoles, en negar los hechos que estos historiadores habian publicado, el nacimiento, los milagros, los padecimientos, la muerte y la resurreccion de Jesucristo, puesto que sostenian que el Verbo divino no habia podido hacerse hombre; sin embargo, no han osado negar estos hechos, se han visto obligados á confesar que todo esto se habia efectuado al menos en apariencia, que Dios habia alucinado á los testigos oculares y habia engañado sus sentidos. Si hubiera habido algun medio de probar la falsedad á los apóstoles, algunos testimonios que oyerles, contradicciones ó cosas aventuradas en su narracion, etc., ¿ los *gnósticos* no hubieran usado de ellas mas bien que recurrir á un subterfugio tan grosero? Confesar las apariencias de los hechos era confesar su realidad, puesto que era indigno de Dios enganar á los hombres, y por milagro inducirles á error.

^{3º} Por la misma razon, si hubieran podido los *gnósticos* poner en duda la autenticidad de nuestros Evangelios, no lo hubieran perdonado. S. Ireneo nos atestigua que no lo han hecho, que ellos mismos han tomado la autoridad de los Evangelios para confirmar su doctrina. Los ebionitas solo recibian el de S. Mateo, los marcionitas el de S. Lucas, exceptuando los dos capítulos primeros, los basiliianos el de S. Marcos, los valentinianos el de S. Juan, etc. Despues los forjaron nuevos, pero no se les acusa de haber negado que los nuestros hubiesen sido escritos por los autores cuyos nombres llevan; se necesitaba, pues, que este hecho fuese incontestable y ocupase el mas alto grado de notoriedad.

^{4º} Para refutar á estos herejes y sus falsas interpretaciones de la Escritura, S. Ireneo y S. Clemente Alejandrino recurrieron á la tradicion, á la doctrina general en las diversas partes del mundo. Este método de tomar el verdadero sentido de la Escritura, y de distinguir la verdadera doctrina de los apóstoles, es tan antiguo como el cristianismo; ma-

lamente los heterodoxos del dia acusan por esto á la Iglesia católica.

^{5º} Es evidente que las disputas sobre la necesidad de la gracia, sobre la predestinacion, sobre la eficacia de la redencion, etc., empezaron con las primeras herejías; ya vemos entre los *gnósticos* las primeras semillas del pelagianismo. No es, pues, cierto que los PP. de los cuatro primeros siglos no se hayan visto precisados á examinar esta cuestion, que ha sido necesario aguardar los errores de Pelagio en el quinto siglo y su refutacion, para saber lo que pensaba la Iglesia sobre esto. La tradicion sobre este punto seria nula y sin autoridad, si no remontaba á los apóstoles; toda opinion que no esté conforme con la doctrina de los cuatro primeros siglos, no puede pertenecer á la fe cristiana.

^{6º} Es igualmente falso que los PP. de los tres primeros siglos hayan conservado las opiniones de Platon, de Pitágoras ó de los egipcios sobre las emanaciones y la persona del Verbo. Habian visto y combatido los errores de los *gnósticos* nacidos de esta filosofia tenebrosa; habian sostenido que el Verbo no es una criatura ó un ser inferior emanado de la divinidad en tiempo, sino una persona engendrada del Padre *ab eterno*; habian, pues, trazado el camino á los PP. del concilio de Nicea y del cuarto siglo; habian probado como estos últimos la divinidad del Verbo por la extension, la eficacia, la plenitud, la universalidad de la redencion. No es, pues, en una palabra ó frase suelta donde se debe buscar el sentimiento de los PP., sino en el fondo mismo de las cuestiones que han tenido que tratar. He aquí lo que los teólogos heterodoxos, siempre inclinados á deprimir á los PP., no han querido nunca observar; pero nosotros no debemos dejar escapar ninguna ocasion de hacérselo ver.

V. EMANACION

Gobierno. En el artículo AUTORIDAD CIVIL Y POLÍTICA, hemos probado que el *gobierno* ó el poder que los jefes de la sociedad ejercen sobre los individuos, no está fundado en un libre contrato revocable é irrevocable, sino en la misma ley por la que Dios, al criar al hombre, le destinó para la sociedad, puesto que es imposible que una sociedad subsista sin subordinacion. En consecuencia, S. Pablo ha establecido como principio, que *tudo poder viene de Dios*, sin distinguir si es justo ó injusto, opreso ó moderado, adquirido por la justicia ó por la fuerza, porque por muy duro que pueda ser un *gobierno* es todavia mejor mal que la anarquia. Los filósofos que acriminan á nuestra religion por esta moral,

son ciegos que no ven las horrosas consecuencias del principio contrario, ni lo absurdo de su sistema. Pero el mismo exceso de sus extravíos debe convencer á los jefes de la sociedad, de que la tranquilidad y seguridad de los *gobiernos* no puede fundarse sobre mejor base que sobre las máximas del Evangelio.

Una de las reflexiones mas capaces de convencernos de la divinidad del cristianismo, es el considerar la revolucion que ha producido en el *gobierno* de todos los pueblos en los que se ha establecido, y comparar con respecto á esto las naciones infieles con las que se han ilustrado con las luces de la fe. Cuando se predicó el Evangelio, la autoridad de los soberanos era despótica en todos los pueblos conocidos; la de los emperadores se habia hecho absolutamente militar; creaban, cambiaban, abrogaban leyes, segun su gusto, sin consultar á nadie; no habia en el imperio establecido ningun tribunal para que lo verificasen para hacer, si eran necesarias, observaciones sobre los inconvenientes que podian resultar de ellas. Una de las primeras reformas que hizo Constantino, luego que abrazó el cristianismo, fué poner limites á su autoridad; mandó á los magistrados que siguiesen el texto de las leyes establecidas, sin tener consideracion á los rescriptos particulares de los emperadores, que los poderosos alcanzaban por favor. Solo desde esta época adquirió estabilidad la legislacion romana, y los pueblos tuvieron una salvaguardia contra la tirania de los grandes. El código Teodosiano y el de Justiniano, que aun en el dia es la ley de la Europa entera, no se han redactado por principes paganos, ni por filósofos soberanos, sino por emperadores inclinadísimos al cristianismo.

Fuera de los limites del imperio romano, los *gobiernos* eran todavia mucho peores. No conocemos ningun pueblo que tuviese entonces un código de leyes fijas, á las que pudiesen apelar los súbditos contra las momentáneas determinaciones del soberano. Si los persas eran regidos entonces por las leyes de Zoroastro tales como las conocemos, no tenían motivo para felicitarse de su bienestar.

En vano, remontándonos mas allá, se querrá echar de menos el *gobierno* de los egipcios, ó el de las antiguas repúblicas de la Grecia; á pesar de las maravillas que algunos historiadores demasiado crédulos nos han referido de la legislacion de Egipto, es constante que desde la conquista de este reino por Alejandro, el *gobierno* de los Polomeos

fué tan borrascoso y desarregrado como el de los demás sucesores de este héroe. Cuando examinamos de cerca el de los espartiatas, de los atenienses y demás estados confederados de la Grecia, hallamos mucho que rebajar de los elogios que han hecho de ellos los antiguos. Aunque no hubiese mas que la enorme desproporcion que se hallaba entre los ciudadanos y los esclavos, esto bastaria para hacernos deplorar la ceguedad de los antiguos legisladores.

¿ Hablaremos del *gobierno* de los pueblos del Norte antes de su conversion al cristianismo? Era casi semejante al de los salvajes. Estos hombres feroces y armados siempre no conocieron ni respetaron las leyes hasta que sufrieron el suave yugo del Evangelio. No mencionamos el de los judíos; sus leyes eran obra de Dios y no de los hombres, pero no convenian mas que á un pueblo aislado y al clima en que se habian establecido; no podian ya valer despues de la venida del Mesias.

Se dirá, sin duda, que la revolucion que atribuimos al cristianismo ha venido de los progresos naturales que ha hecho el entendimiento humano en la ciencia del *gobierno*. Pero por qué el entendimiento humano no ha hecho en otras partes los mismos progresos que en las naciones cristianas? Hace cerca de dos mil quinientos años, si es cierta la historia de la China, que no ha variado el *gobierno* de este imperio. Todavía no hay allí otras leyes que los edictos de los emperadores, y estos no tienen fuerza mas que durante la vida del príncipe que los ha hecho; aun pretenden algunos autores que no subsisten mas que mientras están fijados, y que se los viola impunemente luego que no se les puede leer. El *gobierno* de los árabes beduinos es todavia el mismo que hace cuatro mil años, no ha llegado á mejorarse la legislacion de los indios, y si podemos juzgar de lo venidero por una experiencia de once siglos, la política de los mahometanos no variará mas que el texto del Alcoran.

Nada hay pues mas absurdo que las disertaciones, las quejas, las murrmuraciones de nuestros filósofos políticos contra los *gobiernos* modernos. Que comparen el estado actual de los pueblos de Europa con el de otros tiempos y con la suerte de las naciones infieles, y se verán obligados á confesar con Montestruieu, « que debemos al cristianismo, en el *gobierno*, cierto derecho político, y en la guerra cierto derecho de gentes que la naturaleza humana no podrá reconocer bastante. » Los que están descontentos con el *gobierno*